

EL ENCUENTRO CON DIOS**FICHA: DIOS CON NOSOTROS****ANEXO I****DEL DIARIO DE JUDIT**

Betsaida, día 10º del mes de Siván

Hoy he vuelto a escaparme para ver a Jesús. Ya sé que he repetido muchas veces que esto tiene que acabar: si mi padre se entera no tardaría ni cinco minutos en poner fecha para mi boda, con la esperanza de que mi marido me mantenga sujeta. Ya tuvimos bastante disgusto la vez que me encontró con él, y eso que pensó que era la primera vez. Es un hombre bueno, pero para él la ley es la norma suprema; me quiere, pero sé que muchas veces piensa que ha sido demasiado blando conmigo y teme por mí y mi futuro. Sé que piensa que fue un error dejarme aprender a leer y a escribir en secreto: si sabe que sigo escapándome sola para ver a Jesús, y que me encuentro allí con Sara y sus compañeras, me encerrará en casa hasta la boda.

Pero cuando fui a lavar, oí que Jesús seguía en Cafarnaúm y que había sido invitado a comer a casa de Simón, el fariseo. Odio a los fariseos: mi prometido pertenece a ese grupo. Sé que hay gente buena entre ellos, y puede que él sea uno de ellos, pero me irrita esa tendencia suya a considerarse mejores que los demás y a despreciar a todos los que no pueden ser como ellos. No concibo que lo más importante de la vida sea lavarse las manos antes de comer y que Dios no tenga otra cosa mejor que hacer que apuntar cuántas veces dejo de hacerlo. Dios parece ser un viejo aburrido y mezquino que disfruta llevando cuenta de nuestros errores: los metros que camino en sábado, las veces que me lavo, las oraciones que omito. Nos hace impuras y se dedica a exigirnos que cuidemos la pureza. Y, cuando Sara se quedó viuda y tuvo que dedicarse a la prostitución, Dios no estaba en ninguna parte y ningún ángel bajó a darle de comer. Qué fácil exigir sin dar nada a cambio...

Me intrigó que Jesús fuera a comer a casa de uno de ellos. Ya he visto que Jesús se acerca a todo el mundo, pero también he visto que nunca deja de decir lo que cree. El encuentro entre Jesús y uno de esos estirados tenía que ser interesante. Porque Simón no es de los fariseos afables y buenas personas: sé de buena tinta

que tiene a sus empleados malviviendo, y cuando María, la de Jonás, tuvo que gastarse todo su dinero y endeudarse con él para pagar a los médicos no tuvo ninguna compasión de ella y no paró hasta que le sacó el último céntimo que ella necesitaba para comer y dar de comer a sus hijos. También sé que es un hombre muy bien considerado en la sinagoga y mi padre siempre me riñe si hablo mal de él: es un hombre con influencia y capaz de abrirle o cerrarle a uno todas las puertas.

Así que hice rápidamente mis cálculos. Mis hermanos estaban en el campo y sabía que hoy tendrían jornada larga. Probablemente luego se irían a la taberna al terminar el día, así que llegarían tarde a casa. Mi padre se fue por la mañana a Séforis, a una reunión con otros maestros de la ley, y probablemente no volverá hasta pasados dos días. Más aún porque ayer hubo una discusión entre mis padres y mi madre dijo esta mañana que se sentía mal y quedó en la cama. Mi madre se ahoga; y mi padre no es capaz de verlo. Me duele verla cada día más triste, más encerrada, más angustiada... pero no sé qué hacer.

Volví rápidamente con la ropa y pasé a ver a mi mamá. Le dije que iba a pasar la tarde cosiendo el ajuar en casa de Ruth, confiando de corazón en que ni Ruth ni su madre decidieran pasar justo hoy por mi casa. Pero mamá, a pesar de su cansancio, me miró con una media sonrisa y me dijo únicamente que tuviera mucho cuidado. Yo creo que adivina que estoy tramando algo y de alguna manera me anima... Ella sabe mejor que nadie lo que es tener el horizonte cerrado. Tal vez desearía tener valor para hacer lo mismo que yo; un día reuniré valor para contárselo. Escuchar a Jesús tal vez le devolviera la vida.

Mandé aviso a Sara para encontrarnos allí a través de Rubén, el hijo de María, por si quería unirse a nosotros. Ya era casi la hora de comer, así que me acerqué rápidamente a casa de Simón, el fariseo. Cerca me encontré con la gente que acompañaba a Jesús. Él iba conversando animadamente con ellos, me acerqué y pareció muy contento de verme. No pude contenerme y le solté a bocajarro: ¿tú conoces a Simón? se te va a atragantar la comida... Él me guiñó un ojo y sonrió: yo nunca rechazo una invitación, ya sabes. Siempre es bueno dar oportunidades. Además, ¡al menos esta vez no me retarán por coger espigas en sábado! Yo sonreí: estaba con él el sábado pasado, cuando cayeron sobre nosotros las furias desatadas porque se nos ocurrió comer espigas de un sembrado. ¿Te veré luego?, me preguntó. Sí, le dije, estaré aquí... ¡por si te sienta mal la comida!

Yo me quedé por la plaza, compartiendo algo de pan, aceitunas y dátiles (todos habíamos llevado alguna cosa) y conversando con Juan y Andrés. Juan es de mi edad y, la verdad, me entiendo muy bien con él. Quiere un montón a Jesús y, aunque en el grupo a veces no le hacen mucho caso porque es joven, yo creo que le entiende mejor que muchos otros. No habían pasado diez minutos cuando llegó Sara llevando un paquete en las manos. Iba directa a casa de Simón, sin mirar a derecha ni izquierda. Corrí detrás de ella pensando que estaba loca: la iban a echar con cajas destempladas. No alcancé a retenerla y, no sé por qué, entré con ella... me pareció que le iban a hacer daño y quería apoyarla. Lo que he oído decir de Sara a esa gente... Luego me di cuenta de que era una imprudencia, y que si Simón me veía podía dar por terminadas mis posibilidades de encontrarme con Jesús. Así que me quedé medio oculta detrás de la puerta, sin decidirme a entrar, pero sin querer irme.

Sara entró directa hacia Jesús, que estaba sentado a la mesa. En aquel momento, Simón estaba haciendo una pregunta con mucha retórica. Se interrumpió y todas las conversaciones cesaron, como si todos se hubieran congelado. Sara pasó de ellos y se echó a los pies de Jesús. Lloraba como un río... con toda la angustia retenida toda su vida: su viudedad, la miseria, el hambre de su hijo, la primera vez que se dejó usar para poder darle de comer, todos los hombres que habían entrado en su cuerpo despreciándola... las humillaciones recibidas, la vergüenza de sí misma, la desesperación... Pero, sobre todo, yo sabía que lloraba el alivio inmenso de la acogida de Jesús: de haberse sentido querida y aceptada, una mirada que le ha devuelto la dignidad. Yo no pude evitarlo y también me eché a llorar la angustia y el alivio de Sara y la mía propia...

Sara le besó una y otra vez los pies a Jesús, mojándolos con sus lágrimas. Jesús la dejó hacer mirándola con ternura: no olvidaré nunca su expresión. Creo que él también estaba a punto de llorar, pero no sólo de compasión, sino también de alegría y amor por Sara. Ella acarició sus pies mojados y, soltando su largo cabello, comenzó a secarlos con él; con mimo, con ternura, con agradecimiento. Me sentí testigo de una escena tan íntima y tan tierna que sentí una punzada de envidia: quién supiera arrojarse así a sus pies. Luego Sara desenvolvió con cuidado el paquete que llevaba: era un frasco de alabastro de perfume; un frasco que costaba lo que a Sara le costaba muchas noches reunir. Lo derramó entero a los pies de Jesús. Él siguió dejándola hacer y levantó la mirada.

Los que estaban a la mesa eran unos ocho hombres, incluidos Simón y Jesús. Simón había invitado a sus amigos importantes para conocer a Jesús. La mayoría eran fariseos, alguno de ellos maestro de la ley y todos ricos: comerciantes o terratenientes. Después del primer estupor, habían comenzado a murmurar, yo les oía desde la puerta: "si fuera un profeta, sabría quién es ésa y no dejaría que le tocara", "¡qué desvergüenza! entrar así en una casa respetable, una de ésas", "si queríamos saber quién es Jesús, ahora nos vamos a enterar", "espero que la eche, aunque sea por respeto a nosotros, ¿a qué espera?" "pero, ¿tú has visto? ¡dejarse tocar así en público! ¿No pueden esperar?" "¿y pretende ser un profeta?"...

Jesús recorrió a los presentes con la mirada y los murmullos fueron apagándose. También me miró a mí, embozada y escondida tras la puerta. Finalmente, detuvo su mirada en Simón.

- Simón, voy a preguntarte una cosa.

- ¿Sí, Maestro? - contestó Simón distante y con retintín, mirando a sus amigos.

- Un hombre prestó dinero a otros dos. A uno le prestó quinientos denarios y al otro cincuenta. Pasó el tiempo y, como no tenían con qué pagarle la deuda, se la perdonó a los dos. ¿Quién de ellos le querrá más?

Simón respondió con suficiencia:

- Obviamente, supongo que aquél al que le perdonó más.

- Así es - contestó Jesús. Le miró fijamente y miró a Sara. Luego volvió a mirar a Simón indicándole que se fijara en ella.
- ¿Ves esta mujer? cuando llegué a tu casa, tú no me diste agua para lavarme los pies, pero ella los ha bañado con sus lágrimas y secado con su pelo. Tú no me diste el beso de paz, pero ella no ha dejado de besar mis pies desde que entró. No me ungió con aceite, pero ella ungió mis pies con perfume. ¿Por qué crees que da tantas muestras de amor? Porque ama mucho, porque se le ha perdonado mucho. Pero, al que se le perdona poco, ama poco y demuestra poco amor.

Se inclinó con ternura hacia Sara, tomó su cabeza entre sus manos y la besó en la frente.

- Sara, alégrate, tus pecados están perdonados. Tu fe te ha salvado. Vete en paz.

A esas alturas, yo ya no podía parar de llorar. Sabía la angustia de Sara sintiéndose pecadora, excluida, apartada de Dios. Aquellas palabras tuvieron que ser música en sus oídos y en su alma.

Sara besó de nuevo los pies de Jesús, se levantó y salió. Resplandecía. Por primera vez en muchos años, llevaba la cabeza en alto. No miró ni siquiera al resto de los comensales; salió de la sala indiferente a sus miradas, con una sonrisa serena y enamorada.

La cogí del brazo y salimos de allí. La abracé, y entonces lloramos juntas de alivio y alegría. Era tarde y sabía que Jesús lo entendería: aquello se había convertido en un escándalo y empezaría a congregarse allí medio pueblo, tenía que irme. Le dije a Juan lo que había pasado y que intentaría reunirme mañana con ellos. Dejé a Sara, reconciliada y feliz, con su hijo y marché corriendo a mi casa. Me vino con fuerza al corazón lo que Jesús dijo el otro día de Dios. Estábamos con él un pequeño grupo y le preguntábamos, y discutíamos: ¿cómo vamos a hacer? Yo me preguntaba cómo evitar que mi padre me encerrara, otros le decían a Jesús que lo que proponía no era posible, que debíamos organizarnos mejor, que si hacíamos lo que nos decía en la vida saldríamos de la miseria... Que si nos metíamos en esto lo más probable es que nos excomulgaran y mataran... Y no deja de ser cierto.

Esta primavera todo está exuberante, y estábamos en un prado lleno de flores... Y él comentó de pronto: ¿Os habéis fijado en los lirios del campo? Todos le miramos extrañados. Él siguió: Siempre me ha llamado la atención. Fijaos cuánto esfuerzo hacemos nosotros por vestirnos como ellos, y no lo conseguimos. Dios Padre les viste. ¿Y los pájaros? No trabajan, no hilan, sólo cantan y recolectan lo que encuentran. Pero Dios les alimenta... ¿No valemos más que los pájaros? ¿De verdad creéis que Dios no se preocupa por nosotros? Se trata de buscar lo importante, lo que verdaderamente merece la vida, y lo demás se nos dará por añadidura. Nuestro Padre ya sabe lo que necesitamos. Dejad que Dios se cuide de esto y vosotros preocupaos del Reino de Dios. Eso es lo que no nos podrán robar ni arrancar, ese es el tesoro que merece la pena.

No entendí lo que decía entonces. Las palabras resonaron en mi corazón y me emocionaron, pero pensé que se había pasado de bucólico. La vida es más complicada, me dije. Y me cuesta creer que Dios se preocupe por mí cuando veo lo que sucede a mi alrededor. Pero, después de ver a Jesús acogiendo a Sara y perdonando sus pecados, comencé a entender... ¿No será que Dios

es como Jesús? ¿Y si Dios realmente fuera un Padre bueno? ¿Y si los inventos de exclusiones y condenas son cosa nuestra? ¿Y si él está ahí sosteniéndonos? ¿Y si Dios es lo que veo en Jesús? ¿Y si Dios es lo que siento cuando amo y confío en el amor? Jesús parece tener una relación íntima con ese Dios. ¿Podría yo atreverme a estar con él? ¿Podría Él instalarse en mi corazón y hacerme capaz de vivir como Jesús?

No lo sé. Tengo miedo, pero, al mismo tiempo, se abre un mundo que no sospechaba. Si Dios es un Padre bueno, si es ese abrazo que me sosiega y me llena de fuerza, si es como mi padre, pero mejor, un Padre que no se preocupa por la ley ni el qué dirán, que no necesita imponerse, que sólo quiere que todos seamos hermanos y que nos va regalando amor a manos llenas para ello... si Dios es lo que veo en Jesús... si Dios se porta como Jesús... si Dios es amor, como el otro día hablaba con Juan... tal vez creer en Él pueda cambiar mi vida y darle una plenitud que no sospecho.

Pero necesito estar más cerca de Jesús para acercarme a ese Dios nuevo. Y no voy a poder hacerlo sin conflicto. Tengo que hablar con Jesús.